

EL REGIONAL

DIARIO DE LUGO

PRECIOS DE ANUNCIOS

Año XXXIX
En 4.^a plana, 0'10 pesetas linea; en 3.^a id., 0'15 pesetas
idem id. Reclamos 0'25 idem id. Comunicados y Edic-
tos, 0'25 idem id. Noticias una peseta linea.
A las empresas anunciantes tarifas convencionales.—
El impuesto del timbre á cargo del anunciente.— Pago
adelantado.

Con pluma a jena

EL CIEGO

Hay algo más negro que el sol, de
primavera. ¿Por qué esta luz que cae
sobre la tierra con la dicha de vivir? El
cielo es azul, verdes son los campos,
blanquean las casas y nuestros ojos, en-
cantados, beben estos colores vivos,
que son gozo para nuestras almas. Y
sintiendo las frenéticas ansias de bailar,
de correr, de cantar, y nuestro pa-
miento adulera una ilusión: feliz, y
una ternura la tensa más invadida;
quisiéramos á veces abrazar el sol.

Bajo los porches, los días, insultan
bien, su eterno ocultamiento incen-
trallos, cuya siesta, en medio de
esta tenebra gris, y si comprenden la
causa de ello saben con que fraca-
sa, han de tranquilizar, para suspirar,
á su puro, que sientan dolores de vagi-
bundos.

Cuando concluido el día, tornan á
casa del brazo de su hermanito, si
nido los dice: «¡Qué hermoso tiempo!»,
ellos contestan: «Y, hermano que ha-
ce buen día porque el «Maro, no quería
estar tranquilo».

Yo conocí á uno de estos hombres,
cuya existencia todo fué si más cruel
marfil que pueda imaginarse.

Era campesino, hijo de unos labradores.
Mientras su padre y su madre vi-
vían fué objeto de algunos cuidados,
y no sufría mucha con su horrible
desgracia; más cuando faltaron los vla-
jos, comenzó para él una existencia
atroz. Recogido por una hermana suya,
todos los días la buscando le trataban
cuál un mendigo que come el pan de
los demás. No había comido que no se
fuera echada en corriente y aunque su cuñado
se había apoderado de la parte de
herencia que le correspondía, solo le
daban, y eso gruñendo, el alimento
preciso para que no se muriera, llan-
dante siempre hojazán y gandul.

Tenía el rostro pálido y demacrado,
grandes y blancos los ojos, con una
blancura que hacia feo. Permanecía
tranquilo ante las injustas, metido en si
mismo de tal modo que se ignoraba si
los ojos jamás conocían ternura alguna,
ni aún de su madre, que no le quería,
porque en el campo los laúlitas son
perjudiciales, tanto que los campesinos
hacían con ellos da buenas gana que
hacían los gallos con los pollos invadi-
dos; matar os.

Así que despedía su miseria plantan-
za iba a sentarse junto á la puerta, en
y tanto ó junto á la lumbre en invierno,
y allí estaba sin moverse hasta la noche.
Ni un gesto, ni un movimiento;
solo los párpados, que se agitaban co-
mo compajados por algún estremimiento
nevoso, ocupaban alguna vez la mon-
cha blanca de sus ojos. Tenía entendi-
miento, tenía pensamiento, tenía con-
ciencia de su vida? Nadie se lo preguntó jamás.

Así fueron las cosas durante algunos
años; pero su inutilidad y acoso más su
impotencia acorralaron por exasperar
sus hermanos, y entonces se convi-
vió en un «suefodromo», en un bún-
mértil, en una presa dada á la ferocidad
nativa á los negros salvajes de los
biotops que le rodeaban.

Contra él se imaginaron las bromas
más crueles que puede inspirar la ce-
guera. Y para que les pagase lo que
conse, las horas de sus comidas fueron
horas de placer para sus vecinos y de
suplicio para el impotente.

Avisándose de pueras en pueras, los
habitantes de las casas inmediatas ocu-
paban éstas diversiones, llenándose ca-
da de la cocina.

Unas veces, cuando empeataba á en-
gullir la sopa, colocaban el lado del pla-
to según gato ó según perro. Por instinto,
le bestia mataba al ciego, lamiendo
sin ruido, y cuando el chasquido de la
lengua despertaba la atención del hom-
bre, el animal se reprende prudentemente
por temor á un golpe de la cu-
chilla. Entonces estallaban las risas, los
cercujados, los nubildos de los especta-
dores colgados frente á la mesa.

Sin decir palabra, el ciego seguía co-
midendo con la mano derecha, mientras
con la izquierda protegía el plato.

Otras veces, en vez de comida, el
plato tenía corchos y trozos de mede-
ia, ó huesos de árbol, que el ciego masticaba,
ó bocado más repugnante in-
monstros.

Pero éstas bromas se hicieron
consistidas en forma de repelerse, y el

Viernes 2 de Junio de 1922

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Núm. 10.560

En Lugo: un mes, una peseta.
Provincias: tres meses, 4 idem.
Extranjero: tres meses, 9 idem.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: San Marcos, 7.

Leyendo periódicos

solitario, rebosante por tener que sosten-
tarlo, le golpeaba, le dejaba, riendo,
y parecía que habíanse visto de to-
dos los puntos del horizonte para,
granizando, caer con singular obsti-
nación en aquél trozo nevado. Un mocha-
chito se aproximó á ver lo que hacían y
descubrió el cadáver del pobre ciego,
medio devorado y destrozado. Sus
ojos blancos habían desaparecido,
arrancados por los picos voraces...

Y jamás pudo sentir la viva alegría
de los días de sol sin un recuerdo triste,
sin un pensamiento malvado lo pa-
ra el pobre mendigo, tan desamparado
de la vida, que su misma horrible
muerte fué consuelo para los que le
conocieron.

GUY DE MAUPASSANT.

Una cuestión enojosa

La calma incluida, en cuanto el señor
Clervá desistió de seguir ocupándose
en el Congreso de las Izquierdas, ha
hecho que la cuestión entre el general
Sanjurjo y el coronel Riquelme vuelva
á adquirir las proporciones, hasta el
punto de dar lugar á la adopción de
medidas de clero carácter, siempre
enjuntas, y más cuando tan directa-
mente afecten al Ejército.

Ya los coronellos de Infantería se han
reunido con el fin de ver si modo de
que acaba pronto un uso que
amenaza ser interminable si no se po-
nen medios para impedirlo.

Como consecuencia de tal reunión,
se le dará al uso una forma legal
que acabe, en primer lugar, con los co-
mentarios de todo género que se están
haciendo alrededor de este incidente,
y se vaya después derecho á la solu-
ción, que es la que hay que procurar á
todo trance.

Es sensible que mientras una gran
parte del Ejército dedica todos sus es-
fuerzos en sostener el honor de la Pa-
tria frente al enemigo, se dé ocasión
para que se ganen á la superficie claras
diferencias de índole personal que de-
bieran solucionarse entre de hacerse
públicos, mejorando si se tiene en
cuenta que de las dos partes una es de
la inferior categoría, pues en la mílica lo
esencial es la disciplina, y es siempre
peligroso que ocurran casos de esta
lado.

El p. l. es está necesitado de que ven-
gan de Mitracos noticas agradables,
y ya es hora de que los vayan teniendo,
como recompensa á los sacrificios que
hizo y sigue haciendo.

294 PROPIEDAD DE LA CASA SOPENA

desolante; la tierra ha sido, es y será siempre un valle de
lágrimas.

*

—Nos ameniza muy seriamente la conclusión de la
poz—nos dijo un día Otto, con expresión de profunda
tristeza.

Estábamos sentados á la mesa Federico nos陪同-
aba, tendido sobre un lecho portátil. Uno de nosotros
acebaba de leer en un periódico la noticia de que Bene-
deck se hundió en Bohemia, probablemente tratando
los preliminares de la paz.

Mi hermano, ya casi un hombre, se desesperaba al
pensar que pudiese terminar la guerra antes que él pa-
diere tomar parte en la expulsión del enemigo. Decidió
en la Escuela Militar de Witten Neudorf que, si contin-
uaban las hostilidades después de los exámenes de 18
de Agosto, no solamente se iban a prestar ser-
vicio activo los egresados del último curso, sino también
los del penúltimo. Ante perspectiva tan halagüeña, el
joven héroe se sintió inundado de gozo. Desde la Es-
cuela Militar á la guerra. ¡Qué suerte! ¡Qué felicidad!
La impresión produce el primer baile en una colegiala
que acaba de ser presentada en sociedad.

Como es natural, el ardor bélico de mi hermano ex-
altaba á mi padre.

ABAJO LAS ARMAS! 291

caron en hechos dentro de breve plazo. Hasta mi padre
opinaba que, dadas las circunstancias actuales, era de
desear una suspensión de hostilidades. Nuestro ejército
estaba quebrantadísimo, lechaba con una inferioridad
aplastante; fuerza era reconocer las ventajas del fusil de
aguja. La marcha de los prusianos sobre Viena, el blo-
queo de la capital, la devolución de Grünitz... estas y
otras amenazas constituyeron un conjunto de eventualida-
des que no eran del agrado de mi padre.

Su confianza en la invencibilidad del ejército austri-
aco había recibido un rude golpe que le dejó terriblemente
quebrantado. Los hombres querían creer que una des-
ventura jamás viene sola, que los sucesos humanos pro-
ceden por series, que á los triunfos siguen trágicos y á
las desgracias desgracias. P. terrible era, pues, segú-
mi padre, interrumpir la serie negra. Ya llegaría el tie-
po de la reparación y de la venganza.

Jvengenzo, siempre vergonzoso. En todas las guerras
hay un vencido, y si éste no hubiera encontrado reparación
más que en otra guerra, la nueva guerra crearía un v. n-
ciso nuevo que habría de suspender por la reparación y la
verganza. He aquí una cadena cuyos eslabones no tie-
nen fin. «¿Cómo tiene fin de las infelicidades pasadas, si el
remedio reside en una nueva violación del derecho? Yo
no sé que á ningún hombre sensato se le haya ocurrido
juntas la idea de bajar una mancha de tinta, no sé de
nadie que haya intentado hacer desaparecer las man-
chas de aceite. En cambio, para las manchas de sangre
siempre se ha utilizado la sangre.

En Grünitz la pacificación era temerosa; el pánico
reinaba en la población. Pese á las esperanzas de paz,
todas las bocas se repetían: «Avanza los prusianos. Los
prusianos llegan. Los prusianos están cerca». Los ga-
entes escuchaban esos objetos de valor. En el castillo, mi
tío Martín y nuestra ama de gobierno, la señora Walter,
habían tomado la precaución de poner el abrigo de pos-
ibles repatriaciones toda la plata de la familia. Lili andaba in-
quieto, desasosiegada, á propósito de Conrado, de quien